

LA IDENTIDAD LESBIANA

Fragmento de la Tesis de Johannes Hopman:

CULPA, CRISTIANISMO E IDENTIDAD

La identidad lesbiana es distinta que la identidad gay.

Son realidades distintas de hombres y mujeres con posiciones diferenciadas que marcan claramente una distinción.

“Las lesbianas y los hombres gays no son dos géneros dentro de una misma categoría sexual. Tienen historias distintas, diferenciadas por la compleja organización de las identidades masculina y femenina, precisamente en la línea del género.”¹

También, como la identidad gay, la identidad lesbiana es muy reciente. Las historiadoras lesbianas y feministas, como Lilian Faderman y Carroll Smith-Rosenberg, han argumentado que una identidad lesbiana específica basada en las categorías de la sexología no se desarrolló sino hasta finales del siglo XIX.² Con anterioridad, se sabe que existieron amistades pasionales y románticas, a menudo de larga duración, sin que esto se considerara extraño o sospechoso, pero la categoría de la diferencia sexual se divulgó y fue estigmatizada por el auge de la sexología.

Weeks dice al respecto: “El lesbianismo antes de este siglo [en referencia al siglo XX] se integraba más fácilmente en los modelos generales de la interacción femenina: silenciosa, porque era inconcebible.”³

Aquí no es el momento para describir toda la historia del movimiento lésbico⁴, solamente quiero destacar dos aportes de suma importancia de Adriene Rich⁵ y sobre la revolución sexual lesbiana como movimiento político, mencionado por Sheila Jeffreys.⁶

Adriene Rich se refiere a una distinción entre el ‘continuo lésbico’ y la ‘existencia lesbiana’. Eso no tiene que ver con una identidad sexual definida por una práctica sexual. “*La existencia lesbiana* sugiere tanto el hecho de la presencia histórica de las lesbianas así como también nuestra continua creación del significado de esa existencia” y propone “el uso de *continuo lesbiano*” para incluir una gama de experiencias identificadas con mujeres; no solamente el hecho de que una mujer haya tenido o deseado tener conscientemente experiencias sexuales genitales con otra mujer. Si lo ampliamos para que comprenda muchas formas de intensidad primaria entre mujeres, incluso el compartir una vida interior rica, el unirse contra la tiranía masculina.”⁷

Esta autora menciona siete formas de poder masculino: a) de negar a las mujeres su sexualidad; b) de imponérsela (la sexualidad masculina); c) de reclutar y explotar su trabajo para controlar su producción; d) de controlar a robarles sus criaturas; e) de

¹ J. Weeks, “El malestar...”, op. cit., p. 323.

² Vse. Sheila Jeffreys, “La herejía lesbiana. Una perspectiva feminista de la revolución sexual lesbiana”, Madrid, 1996, ed. Cátedra, S.A., p. 27.

³ J. Weeks, El malestar...op. cit. p. 159.

⁴ Sheila Jeffreys, op. cit., menciona los distintos etapas en el movimiento lesbiana como la creación de la diferencia sexual, la revolución sexual lesbiana, la terapia sexual lesbiana, la lesbiana esencial, el postmodernismo y la teoría lesbiana y gay, las proscritas lesbianas, una mala copia del varón: las lesbianas y la cultura gay masculina para terminar en una separación más profunda.

⁵ Adrienne Rich, la heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana en: Marysa Navarro y Catherine R. Stimpson (comp.), Sexualidad, género y roles sexuales, México 2000 ed. Fondo de Cultura Económica pp159-211

⁶ Vse. Sheila Jeffreys, op. cit.

⁷ Ibídem, p. 188.

encerrarlas físicamente e impedir sus movimientos; f) de usarlas como objetos en transacciones masculinas; g) de anquilosar su creatividad; h) de marginarlas de grandes áreas del conocimiento y de los logros culturales de la sociedad.⁸

Sheila Jeffreys describe cómo la teoría política del feminismo transformó el lesbianismo de una práctica sexual vilipendiada en una idea y una práctica política que ponía en entredicho la supremacía masculina y la institución básica de la heterosexualidad. Toda mujer podía ser lesbiana y se trata de una opción política revolucionaria cuestionando toda la opresión masculina, incluida la dominación por homosexuales. “El sexo lesbiano era innovador, imaginativo, se podía aprender por cuenta propia, era de bajo tecnología, no costaba dinero ni proporcionaba ingresos a los industriales del sexo.”⁹

Mercedes Bengoechea lo completa: “el deseo femenino no puede hablar la lengua del deseo masculino. La sexualidad femenina tiene diferente morfología y, por lo tanto, requiere un modo de representación totalmente distinto... su sexualidad, por tanto, no es doble sino plural. Sus genitales no son visibles externamente, ni su forma es fácil de identificar. Además, el orgasmo femenino es múltiple y no está localizado”.¹⁰

Lamentablemente en los años ochenta del siglo XX en gran parte el mundo lésbico se incorporó al modelo de cosificación para ser lucrativo, y la sexualidad lesbiana empezaba a captar la atención de empresarios, terapeutas sexuales y pornógrafos.

No es sorprendente que la relación entre el feminismo y el lesbianismo tenga tensiones, o mejor dicho, omisiones y prejuicios. En el ya clásico libro de Julieta Kirkwood “Ser Política en Chile, las feministas y los partidos”¹¹, llega a un buen diagnóstico sobre el patriarcado; sin embargo, no habla sobre el lesbianismo, aunque las teóricas feministas y las lesbianas políticas coinciden en que la construcción de la heterosexualidad es un principio organizador de las relaciones sociales en un sistema de supremacía masculina. Solamente llega a la siguiente conclusión: “la realización de la política (...) es también repensar la organización de la vida cotidiana de mujeres y de hombres.”¹²

En el libro de Edda Gaviola, “Una historia necesaria, mujeres en Chile, 1973-1990”, se menciona el grupo Ayuquelén como grupo lésbico: “Estas mujeres fueron más que valientes, tratándose del primer grupo homosexual que expresó públicamente su derecho a vivir una sexualidad distinta a la socialmente permitida,”¹³ sin embargo, la institución en la que se reunía, la Corporación La Morada, tenía miedo de que se identificara el ser feminista y el ser lesbiana. En lo sucesivo es posible constatar este miedo en el mundo feminista, ya que en los estudios de género lo lésbico no es un tema de preocupación, y tampoco hay muchos contactos entre el mundo feminista y el mundo lésbico.

Sin embargo, la feminista Marta Lamas ha afirmado que el uso riguroso de la categoría de género conduce ineluctablemente a la desencialización de la idea de *mujer* y de *hombre*.

⁸ *Ibid.*, pp. 173-175.

⁹ *Ibidem*, p. 50.

¹⁰ Mercedes Bengoechea, Gramática Lésbica: Lenguaje, sexualidad y el cuerpo a cuerpo con la Madre en: Xosé M. Buxan (ed.) “conCIENCIA DE UN SINGULAR DESEO”, Barcelona, 1997, ed. Alertes, p. 83.

¹¹ Julieta Kirkwood, Ser política en Chile, las feministas y los partidos, Santiago de Chile 1986 ed. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

¹² *Ibidem*, p. 181.

¹³ Edda Gaviola, Eliana Largo y Sandra Palestra, Una historia necesaria, mujeres en Chile: 1973-1990, Santiago de Chile 1994.

Para Lamas, “comprender los procesos psíquicos y sociales mediante los cuales las personas nos convertimos en *hombres y mujeres* dentro de un esquema cultural de *género*, que postula la complementariedad de los sexos y la normatividad de la heterosexualidad, facilita la igualdad de los seres humanos y la reconceptualización de la homosexualidad;”¹⁴ y en seguida afirma que no se trata de defender el derecho de las *minorías sexuales* sino de cuestionar la heterosexualidad como la *forma natural* alrededor de la cual surgen desviaciones ‘antinaturales’. En su opinión, ¿ y en lo que estoy de acuerdo? “las identidades de género son inventos culturales, ficciones necesarias, que sirven para construir un sentimiento compartido de pertenencia y de identificación.”¹⁵

De allí la importancia de esta identidad *gay* o *lésbica*. Hay muchas cosas en común entre homosexuales y lesbianas, como la discriminación en el trabajo, el acoso en la calle y en los medios de transporte, etc. Más allá de las especificidades, el público homofóbico no suele discriminar mucho entre lesbianas y varones gays en las expresiones de su odio.

En relación con las diferencias, Sheila Jeffreys afirma que “la cultura masculina gay y la heterosexual comparten los mismos principios generales de la falocracia..., la presunción de la ciudadanía masculina; la heterosexualidad masculina obligatoria; así como la presunción de acceso fálico generalizado.”¹⁶

La sexualidad de hombres homosexuales no es tan diferente a la de los hombres heterosexuales. La conquista (*cruising*), la cacería y la importancia del falo, la diferencia del homosexual activo y pasivo, entre otros, son conceptos comunes en la vida diaria del mundo gay.¹⁷

En contrario, es poco lo conocido sobre la sexualidad de las lesbianas, sobre sus intimidades y también sobre sus movimientos sociales, culturales o políticos. Durante mucho tiempo, las lesbianas pasaron inadvertidas, quizás porque en general nunca fue condenada de manera explícita la sexualidad entre mujeres adultas, al contrario de lo que ocurría con la sexualidad entre varones.¹⁸ En el caso chileno, han existido agrupaciones dispersas, pero que no han logrado tener fuerza ni espacio en el mundo público.

Entonces, tanto a nivel personal como también a nivel del movimiento la situación y la represión para los homosexuales y las lesbianas es muy distinta, lo que de alguna manera refleja la diferencia de poder entre hombres y mujeres en el mundo homosexual/lésbico.

¹⁴ Marta Lamas, Usos, dificultades y posibilidades de la categoría “género” en: Méjico: UNAM-Programa Universidad de Estudios de Género, 1996 p. 360-361.

¹⁵ *Ibid.*, p. 361.

¹⁶ Sheila Jeffreys, *op. cit.*, p. 206.

¹⁷ También los hombres homosexuales tienen ya en Chile en el ámbito público su espacio, se postulan a alcalde o diputado, aparecen públicamente en el semanal Opus Gay, tienen desde 1990 su propio movimiento, y cada vez hay más reconocimiento de su existencia.

¹⁸ Sólo en 1998 se derogó en Chile el artículo 365 del Código Penal que penalizaba las relaciones sexuales entre hombres adultos.